

# *La derecha latinoamericana en busca de un modelo fascista: la limitada influencia del falangismo en el Perú (1936-1945)*

Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA  
Centro de Estudios Históricos  
C.S.I.C.

Un intento de análisis comparado entre las trayectorias políticas del Perú y de España en la década previa a la Segunda Guerra Mundial podría arrojar como resultado una serie de sugestivos paralelismos que, por encima de circunstancias tan divergentes, evidencian la presencia de similares retos históricos. La «crisis de los treinta» en uno y otro país tuvo mucho que ver con la actitud adoptada por los diversos actores públicos frente a un proceso de cambio económico acelerado que trajo aparejado un incremento notable de la dinámica social y de la movilización política. Los regímenes dirigidos por élites tradicionales fueron incapaces de constreñir, o al menos canalizar en los límites jurídico-institucionales del liberalismo clásico, tanto las tensiones generadas por el proceso de modernización (urbanización, secularización, aparición de la intelectualidad crítica, organización del movimiento obrero, etc.), como la conflictividad añadida por el freno de las expectativas de desarrollo tras el *crac* de 1929<sup>1</sup>.

En Europa y en América Latina, las alternativas «de masas» a esta crisis de representatividad y de legitimidad de los viejos modos de organización política heredados del XIX fueron bastante similares: por un lado, la adopción de programas de cuño socializante más o menos inspirados en el modelo planificador soviético; por otro, la profundización democrática de los regímenes liberal-parlamentarios según el ejemplo norteamericano; o, finalmente, el control autoritario de la movilización social por regímenes inspirados en un nacionalismo radical que garantizaran la conservación de las estructuras económicas preexistentes, a imagen de las dictaduras conservadoras (militares o no) y de los movimientos fascistas del viejo continente. En los aledaños de estas tres alternativas —en ocasiones, menos nítidos de lo que

---

<sup>1</sup> Mark FALCOFF, «Preface», en Mark FALCOFF y Frederick B. PIKE (eds.), *The Spanish Civil War. American Hemispheric Perspectives*, Lincoln & Londres, University of Nebraska Press, 1982, pp. XIII-XIV.

podiera sugerir la colisión que protagonizaron en esos años—, surgió toda una legión de movimientos calificables como «populistas»; fenómeno político ambiguo que ha llegado a identificarse como privativo de América Latina, y de los que el *peronismo*, el *varguismo* o el *cardenismo* se presentarían como ejemplos más paradigmáticos.

Los populismos trataron de cubrir el vacío político surgido en la transición de la vieja sociedad oligárquica a la nueva sociedad de masas mediante un proyecto político ecléctico basado en el liderazgo carismático, el sincretismo ideológico, el nacionalismo económico y cultural, la solidaridad interclasiista unida al rechazo de la lucha de clases y un —en ocasiones— vago anhelo de justicia social, y la movilización colectiva permanente, sobre todo en el ámbito urbano, que algunos autores han interpretado como una faceta complementaria de control social y de apoyo al sistema político tradicional en crisis. El populismo habría sido un recurso de emergencia que irrumpe en el seno de una sociedad política aún en formación, y que a la vez dificulta la aparición de nuevas fuerzas políticas ideológica y socialmente más articuladas y verdaderamente comprometidas con un cambio socioeconómico radical <sup>2</sup>.

La identificación de los movimientos populistas peruanos de la década de los treinta no resulta dificultosa: el *aprimismo* se encuentra más cercano a un cierto populismo «de izquierda», socializante y de proyección internacionalista y revolucionaria, mientras que el *sanchezcerrismo* sigue la línea de un populismo «de derecha» de tintes nacionalistas autoritarios, a caballo entre el militarismo conservador tradicional y una cierta mimesis fascista. Lo que en este trabajo intentaremos desvelar es el alcance real de la *fascistización* de este último movimiento aparecido fugazmente en la vida política peruana durante el período de crisis de inicios de la década de los treinta. Y, en paralelo, el influjo que sobre la sociedad peruana ejercieron los modelos fascistas europeos. En concreto el español, «exportado» hacia el Nuevo Continente por el Servicio Exterior de Falange <sup>3</sup>.

<sup>2</sup> Vid. a ese respecto el prólogo de la obra de Steve STEIN: *Populism in Peru. The Emergence of the Masses and the Politics of Social Control*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1980, pp. XIII-XVI.

<sup>3</sup> El Servicio Exterior de Falange surgió en 1935, pero adquirió verdadera importancia con la oficialización del partido único durante la guerra civil, vertebrando el apoyo político del sector pronacionalista de las colonias de emigrantes, y aspirando al monopolio de la acción asistencial y el encuadramiento político-ideológico de estas colectividades. Sobre esta organización, vid. los libros de Bernardo VEGA: *Nazismo, fascismo y falangismo en la República Dominicana*, Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1985; Consuelo NARANJO OROVIO: *Cuba, otro escenario de lucha. La guerra civil y el exilio republicano español*, Madrid, CSIC, 1988; Mónica QUIJADA: *Aires de República, aires de Cruzada: La Guerra Civil Española en Argentina*, Hospitalet de Llobregat, Eds. Sendai, 1991, y Lorenzo DELGADO GOMEZ-ESCALONILLA: *Imperio de papel. Acción cultural y política exterior durante el primer franquismo*, Madrid, CSIC, 1992, especialmente pp. 130-147. Además, Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: «El Servicio Exterior de Falange y la política exterior del primer franquismo:

## 1. EL ENFRENTAMIENTO Y LA FRUSTRACION DE DOS POPULISMOS ANTAGONICOS. LA LUCHA POLITICA EN EL PERU ENTRE 1930 Y 1936

Tanto en España como en Perú, la irrupción de la política de masas se produjo tras un largo período de predominio caciquil: la «república aristocrática» delimitada por Basadre entre la era pierolista inaugurada en 1895 y el inicio del régimen autoritario de Augusto B. Leguía en julio de 1919, puede ser equiparable en España al régimen de la Restauración. A semejanza del régimen de Primo de Rivera en España, el *oncenio* leguista aunaba rasgos de tradicional autocracia personal ilustrada con características de dictaduras organizadoras y desarrollistas. Leguía presidió un largo período de estabilidad política que sentó las bases de una renovación económica marcada por un desarrollo capitalista acelerado y dirigido al exterior en sus sectores industrial, minero, petrolífero y agrícola. Sin embargo, el lado oscuro de la dictadura de *Patria Nueva* fue su persistente corrupción, su sectarismo y su obsesión represiva, que se tradujo una ruptura duradera del consenso social. También como en el régimen primorriverista español, las primeras disidencias de importancia procedieron de los sectores beneficiados de ese proyecto modernizador que comenzó a frustrarse con la crisis de 1929 al agudizarse los problemas hacendísticos y retraerse la inversión extranjera. Fue en concreto la generación estudiantil de los Porras, Basadre, Sánchez, Luis A. Flores o Haya de la Torre, vinculada al movimiento continental de reforma universitaria iniciado en 1918 en la ciudad argentina de Córdoba, la que impulsó desde las aulas de San Marcos un proceso de crítica a la institución docente que poco a poco derivó en una descalificación conjunta del sistema político <sup>4</sup>, en abierta oposición a los postulados de la más conservadora generación «novecentista» de los Belaunde y Riva Agüero.

Fue, sin embargo, la presión militar la que dió al traste con la dictadura de Leguía: es la legendaria «revolución de Arequipa» de 22 de agosto de 1930, dirigida por el comandante José Sánchez Cerro, un militar carismático que tras haberse rebelado sin éxito en Iquitos en 1919 y en Cuzco en 1922, había sido desterrado a Francia, Italia y España, donde había participado du-

---

Consideraciones previas para su investigación», en *Hispania* (Madrid), núm. 186, I-IV-1994, pp. 279-307, y los artículos de María del Mar PALOMO: «El Servicio Exterior en la Argentina de Perón»; Francisco VEIGA; «La guerra de les ambaixades: la Falange Exterior a Romania i l'Orient Mitjà, 1936-1944», y Eloy MARTÍN CORRALES: «La Bandera del Marroc i els 'camaradas moros': la participació marroquina a les files falangistes», en el *dossier* «Falange Exterior: les limitacions de la diplomàcia blava» dirigido por Enric UCCELAY DA CAL y aparecido en *L'Avenç* (Barcelona), núm. 109, XI-1987, pp. 9-30.

<sup>4</sup> Merece reseñarse la diversa suerte política e intelectual corrida en las décadas siguientes por los principales líderes de este movimiento. Sobre la reforma universitaria en Perú, *vid.* el libro del ex Rector de la Universidad Mayor San Marcos José Antonio ENCINAS: *La reforma universitaria en el Perú, 1930-1932*, Lima, Ediciones 881, 1973, especialmente pp. 39-45 y 225-252.

rante catorce meses en la campaña colonial de Marruecos. La aparición de esta forma renovada de «caudillaje mestizo» abrió para el Perú un nuevo estilo de hacer política, marcado por el declinar de las élites tradicionales, la dirección del movimiento pequeñoburgués radical, el interés por las cuestiones socioeconómicas antes que las constitucionales, y el acceso de los sectores medios y bajos urbanos a la toma de decisiones en el ámbito político nacional<sup>5</sup>. Pero tanto en Perú como en España, la *Gran Depresión* acentuó la conflictividad social y política y agotó prematuramente las posibilidades de supervivencia de un régimen democrático estabilizado. En la Península, las contradicciones inherentes al contraste entre la amplia movilización política y el estancamiento socioeconómico fueron dirimidas en una guerra civil abierta, mientras que en el país andino se abrió un cruento período de guerra interna no declarada —«la violencia» por excelencia, descrita plásticamente por Luis Alberto Sánchez—, plagada de intervenciones y motines militares, rebeliones urbanas y rurales, huelgas obreras, agitación estudiantil, asesinatos políticos, represión de la disidencia, etc., hasta desembocar, a semejanza el caso español, en un régimen militar casi permanente. Violencia política cuyas consecuencias, al igual que en nuestro país, marcaron el desarrollo político y social peruano hasta la década de los setenta<sup>6</sup>.

Que en el caso español esta crisis de Estado desembocase en un conflicto armado en gran escala y en el Perú en un choque violento menos formalizado nos incita a reflexionar sobre la diversa naturaleza de sus procesos políticos y sociales, y por ende, sobre las reales posibilidades de éxito de alternativas populistas como las que florecieron en Perú. En España, las élites tradicionales fueron incapaces de impedir el desarrollo de las modernas organizaciones de masas, cuya concurrencia política legal se mantuvo casi sin interrupción durante todo el período, a pesar de las eventuales coyunturas de crisis. Sin embargo, la movilización partidista de la práctica totalidad de los grupos sociales —incluido el campesinado— no pudo ser canalizada con eficacia por el sistema democrático, que tampoco logró impedir la polarización ideológica y el enfrentamiento de proyectos sociopolíticos antagónicos. La ruptura del consenso sobre el contenido reformista del régimen Republicano desembocó en enfrentamiento abierto por la escasa capacidad disuasoria de un Estado incapacitado por las divisiones internas en sus resortes de poder fundamentales.

En el Perú destaca desde el primer momento la desintonía entre el movimiento de masas y las organizaciones políticas. La fugaz democratización de inicios de los años treinta se canalizó a través de movimientos populistas de base predominantemente urbana que ocuparon el vacío dejado por la debili-

<sup>5</sup> Jorge BASADRE: *Historia de la República del Perú, vol. XI. Addenda 1930-1933. Notas sobre la Crisis Política, Económica y Social de 1930 a 1933*, Lima, Ed. Universitaria, 1968, p. 169.

<sup>6</sup> Este paralelismo entre ambas situaciones ha sido percibido por Thomas M. DAVIES, Jr.: «Peru», en FALCOFF y PIKE: *op. cit.*, p. 203.

dad de opciones políticas de mayor coherencia social, mientras que en el campo las luchas partidistas siguieron teniendo escasa relevancia. Además, las élites tradicionales, aunque dejaron de ostentar el monopolio del poder político disfrutado durante todo el régimen civilista, siguieron controlando los resortes del poder social y económico, aceptando de mala gana el predominio temporal del populismo sanchezcerrista como mal menor frente al *aprimo*, alentando la represión sobre éste y ejerciendo sobre aquél una presión selectiva para salvaguardar sus intereses básicos <sup>7</sup>.

El primer conflicto serio entre ambos proyectos populistas, fueron las elecciones presidenciales de 11 de octubre de 1931. La polémica postelectoral tras la victoria de Sánchez Cerro sobre Haya de la Torre no sólo evaporó la posibilidad de un compromiso democrático estable entre las diversas fracciones de la clase media y de las capas populares urbanas integradas en ambos movimientos de masas, sino que además marcó el inicio de tres años de turbulencias políticas y rebeliones cívico-militares que cortaron en flor las posibilidades de una experiencia populista de más amplio calado reformador, y acabó arrojando al país en manos del poder oligárquico-militar hasta el final de la década.

El movimiento sanchezcerrista presenta de forma paradigmática los rasgos contradictorios del populismo «de derecha»: retórica revolucionaria centrada en lo político (el antileguísmo era una de sus señas de identidad más patentes); conservadurismo primario evidenciado en el rechazo de los partidos tradicionales y de los movimientos e ideas «disolventes»; nacionalismo popular regeneracionista y moralizador en principio, con exaltados tintes xenófobos simbolizados en el *slogan urrista* «Perú para los peruanos»; liderazgo carismático de militarismo romántico; personalismo y paternalismo en la gestión de los problemas; visión corporativista de la política, de la sociedad y del Estado; afirmación de los valores espirituales (defensa de la religión, de la moralidad y de la honradez, condensados en el lema «Verdad, justicia, integridad, patriotismo»), y una idea del progreso nacional conciliable con la defensa de la propiedad privada, y dirigido a la renovación y modernización de las estructuras socioeconómicas tradicionales (equilibrio entre el capital y el trabajo, desarrollismo económico en pro del bienestar social, fomento de la educación, descentralización administrativa, saneamiento financiero...), pero no a la introducción de nuevas relaciones de producción <sup>8</sup>.

Mientras que el PAP se nutría de los sectores de empleados y burócratas surgidos de la industrialización, profesionales, intelectuales, estudiantes, obreros y campesinos de empresas modernas y población rural seducida por

<sup>7</sup> Interesantes consideraciones sobre la actitud política de la oligarquía durante la presidencia de Sánchez Cerro en BASADRE: *op. cit.*, vol. XI, pp. 191-192.

<sup>8</sup> STEIN: *op. cit.*, p. 112. Sobre el programa de la UR, basado en el Manifiesto de Arequipa redactado por Bustamante y Rivero; *vid. también* Adam ANDERLE: *Los movimientos políticos en el Perú entre las dos guerras mundiales*, La Habana, Casa de las Américas, 1985, pp. 268-269.

el ideal de reforma social de Haya de la Torre, Sánchez Cerro obtuvo el apoyo de las clases populares urbanas desorganizadas políticamente, de sectores obreros industriales en paro, de la clase media tradicional de artesanos y comerciantes, de ciertos segmentos campesinos del Sur del país, y de la oligarquía tradicional rural y comercial. Bajo su fugaz presidencia reaparecieron en la escena peruana viejas caras del civilismo antileguísta junto a jóvenes nacionalistas de la derecha radical de clase alta y media alta, como Luis A. Flores, Ernesto Byrne, Carlos Sayan Alvarez, Guillermo Hoyos Osoreo y Alfredo Herrera, interesados en la política desde la movilización estudiantil antileguísta de los años veinte, y que habían combatido a la izquierda (sobre todo a Haya por su presunta falta de patriotismo) en la Universidad<sup>9</sup>. Estos nacionalistas, cuya ideología estaba más cercana, según Stein, a un cierto «fascismo criollo» que al liberalismo civilista en el gobierno<sup>10</sup>, fueron la fuerza política principal que apoyó la candidatura presidencial de Sánchez Cerro mediante la creación de la **Unión Revolucionaria (UR)**. Esta formación política se fue transformando en partido aún en vida del caudillo, e inclinándose hacia un «fascismo popular», católico y conservador bajo la dirección de Flores. Su base de reclutamiento radicaba en la pequeña burguesía ciudadana (en concreto, los pequeños industriales y comerciantes afectados por la competencia extranjera), los empleados y burócratas, las clases populares y los sectores *lumpen* de Lima, Ica, Arequipa y Piura<sup>11</sup>. Pero también gozaba del apoyo de los jóvenes de la oligarquía, cuyas organizaciones sociales y económicas más caracterizadas apoyaron a los «destacamentos» de la UR en sus frecuentes incursiones contra actos comunistas y *apristas*. Como entidades vinculadas al partido *urrista* se encontraban clubes, sindicatos, organizaciones femeninas, la «Legión Juvenil Fascista» y publicaciones como *Crisol*, órgano de los «camisas negras» bajo la dirección de José Amador Añazgo<sup>12</sup>.

El asesinato de Sánchez Cerro en abril de 1933 clausuró virtualmente este breve período de predominio político de la pequeña burguesía urbana. Produjo además una radicalización en las premisas políticas del sanchezcerismo. Si en principio apareció como un movimiento puramente nacionalista, tras la muerte de su líder la UR proclamaría explícitamente su adhesión a la doctrina y la praxis fascista<sup>13</sup>, de las cuales ostentaba desde tiempo atrás algunos rasgos característicos: el nacionalismo excluyente y agresivo, la lucha

<sup>9</sup> Orazio A. CICCARELLI: *The Sanchez Cerro Regimes in Peru, 1930-1933*, Ph. D., University of Florida, 1969. Ann Arbor (Mich.), University Microfilms Inc., 1989, p. 93.

<sup>10</sup> STEIN: *op. cit.*, pp. 119-122.

<sup>11</sup> Los clubs sanchezceristas inaugurados en Lima a partir de 1931 tenían su sede sobre todo en las barriadas pobres de la capital. *Vid.* STEIN: *op. cit.*, pp. 122-128.

<sup>12</sup> ANDERLE: *op. cit.*, p. 295.

<sup>13</sup> Manuel CASTILLO OCHOA: «El populismo conservador: Sánchez Cerro y la Unión Revolucionaria», en Alberto ADRIANZEN (ed.): *Pensamiento político peruano, 1930-1968*, Lima, DESCO; 1990, p. 91. Sobre la Unión Revolucionaria y la tentación fascista de sus militantes más resueltos, *vid.* también BASADRE: *op. cit.*, vol. XI, pp. 195-196.

contra el «pacifismo suicida», la búsqueda de la eficiencia militar, la voluntad de corporativización de la sociedad, la sindicación de la economía, la estructura partidista jerarquizada y disciplinada, la mística del martirio (sobre todo el culto al héroe Sánchez Cerro), la constante presencia callejera o el anticomunismo primario. El marxismo era denunciado como destructor de los principios democráticos, pero el fascismo era precisamente el movimiento que representaba la «nueva democracia» defendida por la UR: un sistema de equilibrio y paz social dentro de un Estado fuerte. Algunos miembros de la UR llegaron a viajar a Alemania para un «intercambio de experiencias» con los nazis, y comenzaron a crear grupos armados reclutados entre el *lumpen* urbano y los oficiales retirados para «promover la defensa del orden público», «defender las instituciones democráticas» y «pulverizar a los *apristas*».

Pero de hecho la adscripción fascista del movimiento sanchezcerrista no pasó de la exhibición callejera de los «camisas negras», del elogio retórico a los logros mussolinianos y de la difusión de un vago ideario autoritario y corporativo. El fondo de su doctrina seguía siendo conservador. Según el propio Flores, «el Perú necesita el fascismo porque el fascismo significa religiosidad, conservatismo y conducta derechista, porque el fascismo comporta una posición anticomunista eficaz y asegura el bienestar y la armonía»<sup>14</sup>. Pero mientras que los «fascismos» mesocrático y aristocrático —según la terminología acuñada por López Soria— tenían sus principales referentes ideológicos en la doctrina social de la Iglesia y en un conservadurismo tradicional que perseguía la recuperación del poder por parte de las viejas élites, el filofascismo de la UR no tenía un contenido católico o conservador explícito, sino que la tónica dominante era un vago sentimiento de rencor social. Una sorda hostilidad dirigida hacia el sistema capitalista en su conjunto, que debería ser superada mediante la instauración de un estado corporativo basado en la justicia y la disciplina social, el dirigismo económico (control sobre el capital, fomento de las obras públicas, etc.) y la igualdad de derechos y deberes de sus integrantes.

Tras la desaparición de Sánchez Cerro, los sectores oligárquicos se dispusieron a desactivar la amenaza populista mediante la instauración de un régimen militar clásico. Resulta sugestiva la comparación de las maniobras de inhabilitación realizadas por el presidente interino general Benavides respecto al movimiento sanchezcerrista con las que ejecutaría el propio Franco sobre Falange Española cuatro años después. Al comienzo, se apoyó sobre la UR para mantener el hostilamiento sobre el PAP, pero en junio de 1933 reorganizó el gabinete excluyendo a Luis A. Flores —entonces ministro de Marina— y cediendo amplias esferas de poder a los viejos civilistas. Bajo el lema «Orden, Paz y Trabajo» y con el apoyo del Ejército y de la alta finanza, Benavides logró zanjar el conflicto fronterizo con Colombia y obtener una precaria estabilización política y económica que le permitió obtener un más

---

<sup>14</sup> Cit. por ANDERLE: *op. cit.*, p. 296-297.

amplio margen de maniobra frente a sus competidores por el liderazgo conservador. Sin embargo, el movimiento *urrista* pareció obtener una segunda oportunidad con el nombramiento de José de la Riva Agüero para el cargo de primer ministro en noviembre de 1933. Como veremos más adelante, Riva Agüero había hecho poco tiempo atrás profesión pública de fascismo, al que consideraba como la única solución posible para conservar los fundamentos conservadores de *patria, orden, religión y jerarquía*. Pero Benavides acabó con la preponderancia de la UR patrocinando desde octubre de 1933 la creación del Partido Nacionalista como formación política de apoyo al gobierno, y forzando deliberadamente la dimisión de Riva Agüero en mayo de 1934. Ello sembró el desorden en el seno de un movimiento contrarrevolucionario aún en plena recomposición tras el tumultuoso comienzo de la década. Especialmente en la UR, que tras sufrir numerosas fugas de diputados hacia la nueva formación oficialista, acentuó su tono profascista. Los «camisas negras» de Flores intentaron entonces crear un Frente Patriótico con otras fuerzas ultraconservadoras, mientras la mayoría del movimiento propugnaba un «frente único sanchezcerrista» de masas bajo la dirección de la UR. Esta división estratégica del populismo derechista selló su destino político. Por otra parte, y después de un año de semilegalidad tolerada, desde fines de noviembre de 1934 el gobierno acentuó la represión sobre el PAP, inaugurando el período de «gran clandestinidad» de Haya y de su partido.

Con ello, los sectores de poder tradicional anulaban la amenaza populista, tras haberla dividido y enfrentado entre sí. Arrojada del gobierno, la UR trató de aparecer como la oposición derechista a Benavides, pero sin dejar de hostilizar a la izquierda (al PAP antes que al comunismo), y criticando al Ejecutivo por algunas decisiones, como las facilidades dadas a la emigración japonesa. La presencia de los «camisas negras» en las calles seguía siendo una amenaza alarmante para la propia seguridad del régimen militar. A pesar de que los dirigentes *urristas* prodigaron manifestaciones públicas en tono tranquilizador, asegurando que «la organización espontánea y entusiasta de los camisas negras, es pues, una garantía para los gobiernos constitucionales, un apoyo firme y leal y un auxiliar valeroso para el Ejército»<sup>15</sup>, las Fuerzas Armadas, la Guardia Civil y el Cuerpo de Seguridad consideraban a los «camisas negras» como una organización rival, y en 1934 emitieron un veto que implicaba de hecho la disolución de los grupos paramilitares de la UR<sup>16</sup>.

En los comicios presidenciales convocados para octubre de 1936, los grupos conservadores (el Partido Nacional Agrario controlado por los propietarios latifundistas, el Partido de Acción Patriótica de Riva Agüero, apo-

---

<sup>15</sup> «La misión de los camisas negras», en *Crisol* (Lima), 30-IV-1936, p. 3, cit. por José Ignacio LOPEZ SORIA: *El pensamiento fascista (1930-1945). Antología*, Lima, Francisco Campodónico F., editor/Mosca Azul Editores, 1981, p. 203.

<sup>16</sup> En 1936 el partido de Flores contaba con unos 6.000 adheridos a los grupos armados, mientras que el Ejército peruano sumaba sólo 10.000 hombres (ANDERLE: *op. cit.*, p. 295).



yado por la Iglesia católica, y el Partido Nacionalista que contaba con el auxilio del aparato estatal y del capital foráneo) se organizaron en una concentración derechista que apoyó a M. V. Villarán <sup>17</sup>. La UR presentó la candidatura en solitario de Flores, pero la anulación del proceso electoral cuando resultaba neto triunfador Luis Antonio Eguiguren con el apoyo del clandestino PAP obligó a Benavides a disolver el Congreso, prorrogar ilegalmente por tres años su propio mandato presidencial y deportar a los líderes *apristas* y *urristas* más caracterizados. Privada de un liderazgo carismático y postergada en el favor popular por los logros del régimen —sobre todo en política social y obras públicas—, la UR comenzó una decadencia que condujo a su desaparición definitiva en 1956.

## 2. LA ACTITUD DEL PERU ANTE LA GUERRA CIVIL Y LAS ACTIVIDADES DE LA FALANGE EXTERIOR

Como vemos, el momento crucial de la crisis política peruana desembocó en una cierta estabilización bajo un régimen militar antes del estallido del conflicto español en 1936. Es ya un tópico afirmar que la Guerra Civil abrió en la mayoría de las sociedades latinoamericanas un amplio debate que se tradujo en posturas de marcado tono militante. Sin embargo, esta actitud de compromiso polémico no fue la dominante en el Perú. En comparación con otras naciones de su entorno, el país andino había mantenido escasos contactos con España desde su independencia, había restablecido relaciones diplomáticas con grandes dificultades y en fecha muy tardía (1865), y se había tropezado en 1866 con una agresión neocolonialista que, entre otras cosas, había legado la fecha del dos de mayo como nuevo hito de una simbología nacional con marcado tono antihispano. La caída de la Monarquía en 1931 tampoco había despertado gran expectación en un país enfrascado en los intrincados prolegómenos de su propio proceso democratizador. Sin embargo, no cabe duda que desde el primer momento los demócratas peruanos vieron en la República española un modelo a seguir, mientras que las fuerzas conservadoras, desconcertadas por la política anticlerical del bienio azañista y por los ataques a la propiedad agraria y al Ejército, la consideraron un peligroso precedente del derrotero a que podría conducir un predominio político de alternativas de reformismo radical como la representada por el PAP. No es extraño que las élites conservadoras que apoyaron a Sánchez Cerro primero y a Benavides después vieran con simpatía a unos nacionalistas (vistos como devotos católicos antes que como fascistas) que parecían estar lidiando con problemas similares.

Davies ha destacado el poco interés prestado en el país andino al conte-

---

<sup>17</sup> Sobre las maniobras políticas de la derecha en las elecciones frustradas de 1936, vid. ANDERLE: *op. cit.*, pp. 338-344.

nido ideológico de la guerra, visto en la mayor parte de los casos de forma simplista como un combate entre la democracia y el fascismo<sup>18</sup>. Intelectuales profranquistas como Victor Andrés Belaunde, Raúl Porras, Guillermo Hoyos Osore, Pedro Yrigoyen, Guillermo Lohmann Villena, Carlos Pareja Paz Soldán, Felipe Sassone o Raúl Ferrero Rebagliati proyectaron en la lucha civil española su visión maniquea de combate entre el bien y el mal que, en su opinión, estaba planteado en el propio país. El propio Benavides sería visto por la opinión conservadora como un *alter ego* de Franco, último dique contra la conspiración marxista internacional personificada en el APRA y garante de la tranquilidad nacional tras un lustro de constantes vaivenes y trastornos políticos. Se puede añadir además que el sector más consciente de la opinión pública tendió a integrar la polémica sobre la guerra civil en un más amplio y complejo debate trabado desde tiempo atrás entre indigenistas y conservadores nostálgicos del período virreinal, sobre la naturaleza de la identidad nacional peruana, marcada indeleblemente por la diferenciación étnica y cultural.

La mayoría de la prensa nacional peruana era de tono conservador. En consecuencia, *El Comercio* (órgano del viejo civilismo, donde Guillermo Hoyos Osore, Felipe Sassone y René Tupic difundían puntos de vista favorables al autoritarismo fascista; Raúl Ferrero Rebagliati firmaba artículos sobre la crisis del liberalismo, y Carlos Miró Quesada Laos glosaba en tono laudatorio el ideario de Mussolini), *La Crónica*, el demócrata *La Prensa* y *El Universal* (el más moderado en sus observaciones) otorgaron su favor a la causa de Franco<sup>19</sup>. Sólo *Excelsior* mantuvo una posición prorrepública. La izquierda peruana, perseguida y en la clandestinidad durante casi todo el período, apenas ejerció influencia en la opinión pública. Es cierto que hubo publicaciones prorrepúblicas de pequeña tirada, como *Cadre* (Boletín de los Amigos de los Defensores de la República Española) y *España Libre* (órgano del Comité de Amigos de la República Española), pero los grupos de oposición al régimen militar de Benavides estaban demasiado divididos, acosados y enfrascados en la política doméstica para implicarse en una causa tan remota. Según Luis Alberto Sánchez, el propio Haya prohibió a los *apristas* escribir o hablar sobre la guerra civil española, ante el temor de que se dejaran de lado los más candentes problemas de Indoamérica y el Perú, y previendo que el PAP, considerado por la derecha como anticlerical y socializante, confirmara con su aliento a un régimen «comunista» la acusación de ser la correa de transmisión de los intereses de la Tercera Internacional. Con todo, acon-

<sup>18</sup> DAVIES: *art. cit.*, p. 206. Este autor otorga más importancia a las actividades prorrepúblicas que a las pronacionalistas, cuando todo parece evidenciar que esta última tendencia fue la mayoritaria entre la colonia española.

<sup>19</sup> Un repaso pormenorizado a la publicística de la época, y por ende, a las actividades profranquistas de la colonia española en esos años en el trabajo de Willy PINTO GAMBOA: *Sobre fascismo y literatura*, Lima Ed. Ediciones de la Universidad Nacional Federico Villarreal, 1978.

tecimientos como la llegada de la compañía teatral de Margarita Xirgu y Cipriano Rivas Cherif ejercieron de revulsivo, no sólo para la causa de la democracia en España, sino también para la lucha antidictatorial en el Perú. Queda como ejemplo de ello la emoción suscitada por la representación de «Mariana Pineda», donde la figura del general Torrijos fue comparada la del líder *aprista* Manuel Arévalo, recientemente fallecido en un enfrentamiento acaecido en plena «euforia pro-fascista del régimen de Benavides»<sup>20</sup>.

Se puede afirmar sin ambages que el gobierno peruano fue uno de los más pronacionalistas del hemisferio. En agosto de 1936 sondeó a los gabinetes de Argentina y Chile para reconocer oficialmente la Junta militar de Burgos, o aceptar al menos su *status* de beligerante. Poco después, cuando el ministro plenipotenciario en Lima, Luis Avilés y Tiscar, anunció que se pasaba al servicio de Franco, el gobierno Benavides le permitió seguir ocupando el local oficial de la legación española, en un reconocimiento tácito de beligerancia al bando insurgente. Los incidentes diplomáticos con las autoridades republicanas españolas alcanzaron notas de extrema gravedad en el decurso del conflicto. En Madrid, el ministro plenipotenciario Juan de Osma y Pardo (miembro de una conocida familia antileguiísta, que había sustituido en 1932 en ese puesto a un Benavides encargado de la defensa nacional en plena crisis con Colombia) y el cónsul en funciones Jorge Bailey Lembcke (el cónsul en plaza, Raúl Porras Barrenechea, hispanista antirrepublicano, se encontraba entonces en París) dieron asilo en la sede diplomática a dos centenares de pronacionalistas, entre ellos a numerosos aristócratas y al peruano Felipe Sassone, escritor modernista influido por Felipe Trigo, Valle-Inclán y D'Annunzio, que residía en Madrid desde tiempo atrás y cuyas narraciones pseudoautobiográficas con fuerte carga erótica, sus obras teatrales ambiente burgués y sus artículos en el diario monárquico *ABC* le habían granjeado una cierta popularidad entre el elemento conservador de la capital española. Aunque una buena parte de los refugiados logró salir en septiembre de Madrid hacia Francia provistos de pasaportes peruanos<sup>21</sup>, la legación continuó dando cobijo a unos 360 españoles y medio centenar de peruanos, hasta que el 6 de mayo de 1937 la policía republicana irrumpió en el local y detuvo a 410 personas acusada de actividades quintacolumnistas, entre ellas el cónsul honorario Antonio Ibáñez Gutiérrez. Al día siguiente, la prensa madrileña acusó al Consulado de permitir actividades de espionaje y abusar de la inmunidad diplomática. Aunque el recién constituido gobierno Negrín liberó el 20 de mayo a 342 españoles y a los 50 peruanos retenidos, las relaciones se siguieron deteriorando hasta que el 17 de marzo de 1938 el gobierno peruano rompió oficialmente relaciones con la República tras el fracaso de una ne-

<sup>20</sup> Luis Alberto SANCHEZ: *La violencia. Apuntes para una biografía del APRA, III (1935-1948)*, Lima, Mosca Azul Editores, 1982, pp. 35, 41-42 y 59.

<sup>21</sup> Jorge BAILEY LEMBCKE: *Recuerdos de un diplomático peruano, 1917-1954*, Lima, 1959, pp. 131 ss.

gociación entablada para la liberación de los presos restantes con la mediación de la embajada chilena. Mientras tanto, *El Comercio* exigía el reconocimiento inmediato del gobierno nacionalista, decisión adoptada *de facto* en mayo de 1938, y *de iure* en febrero del año siguiente.

El papel propagandístico ejercido por el sector conservador de la colonia española en el Perú en favor de la causa franquista no pasó de discreto, pero como en otros países de su entorno, los sectores conservadores, mayoritarios en la colonia, se organizaron relativamente pronto en ayuda de la causa franquista. En Lima se constituyó una Junta Nacionalista Española, favorecida por el apoyo de instituciones como la Cámara Española de Comercio, el Casino Español y el elitista Colegio Inmaculada, regentado por la Compañía de Jesús en la Avenida de la Colmena<sup>22</sup>. Desde noviembre de 1937 se publicó la revista *¡Arriba España!*, patrocinada por la Junta Nacionalista de la capital y desde donde se canalizaría casi en exclusiva la ayuda al bando rebelde al menos hasta 1938. *¡Arriba España!* afirmaba haber surgido «con el exclusivo objeto de propagar las glorias del movimiento salvador de España y contribuir económicamente con la recaudación íntegra de cada número al incremento de la colecta nacionalista, abierta en Lima». El primer objetivo trataba de alcanzarse mediante las colaboraciones periodísticas de intelectuales favorables al bando rebelde como Ramón Rato, Eugenio Montes, José M.<sup>a</sup> Pemán, Wenceslao Fernández Flórez, Juan Zaragüeta y algunos arzobispos y obispos uruguayos, o la reseña de conferencias patrióticas como la protagonizada por Fernando Valls Taberner en los salones del Casino Español el 11 de diciembre de 1937 bajo los auspicios del Comité Español de Propaganda afín a la Junta Nacionalista<sup>23</sup>. El segundo propósito, fundamentalmente crematístico, parecía más asequible, dada la calidad de los apoyos institucionales recibidos. La revista se vendía por un sol, precio nada barato para ese entonces, que la redacción intentó justificar como parte de los sacrificios que constantemente exigía a la acomodada colonia pronacionalista en pro del esfuerzo de guerra. Esta respondió de forma bastante positiva: a fines de 1937 el número de suscriptores era de 108, cuyos nombres avalaron la revista hasta su desaparición. Por otro lado, nunca faltaron los anuncios de empresas españolas de importación-exportación, junto a otros de marcas italianas e incluso británicas, como la marca de *whisky Black & White*.

<sup>22</sup> Entre los propagandistas españoles sobresalía el P. Lebrún, jesuita que actuaba desde el Colegio de la Inmaculada con apoyo del nuncio vaticano monseñor Cento (LOPEZ SORIA: *op. cit.*, p. 18).

<sup>23</sup> Las delegaciones culturales franquistas fueron recibidas y agasajadas en Lima por intelectuales conservadores como José de la Riva Agüero, Antonio Pinilla Rambaud, Oswaldo y Guillermo Hoyos Osoreo, Manuel Mújica Gallo, Aurelio y Oscar Miró Quesada, Froilán Miranda Nieto, José Carlos Llosa, José Torres de Vidaurre, Guillermo Lohmann Villena, Honorio Delgado, Raúl y Rómulo Ferrero Rebagliati, Ramón Aspillaga, Aurelio García Sayán, Fernán Moncloa, Luis Picasso Rodríguez, Alberto Wagner de Reyna, etc.

Como fruto de esta campaña de movilización de recursos, el balance de ganancias que ofreció *¡Arriba España!* en su número de abril de 1938 resultó muy alentador. Sin embargo, y a pesar de esfuerzos tan prometedores, la publicación fue abruptamente clausurada en esa fecha, después de haber pasado por un período de serias dificultades políticas desde fines de 1937. Este cambio de situación se debió en gran parte a la aparición en escena de Falange Española como entidad independiente, ideológicamente más radical y dispuesta a monopolizar la representación política y los esfuerzos de ayuda al bando franquista del conjunto de la colonia. A pesar de su título, *¡Arriba España!* no representaba oficialmente al nuevo partido único, sino que era el portavoz oficioso de las instituciones españolas más conservadoras, arraigadas desde hacía largo tiempo en la vida social y económica limeña. Aunque sus artículos sobre «Auxilio Social» fueron numerosos y laudatorios en su conjunto, *¡Arriba España!* no se recató en criticar ciertas actuaciones de una Falange local demasiado aficionada a los «banquetes patrióticos», y la gestión sectoraria de los representantes oficiosos del gobierno de Burgos en el país, Luis Avilés y Tiscar, el cónsul Antonio Pinilla y el vicecónsul Bernardo Fernández. Incluso siguió definiendo al bando republicano con el aséptico apelativo de «zona gubernamental», con la consiguiente indignación de la facción nacionalista más extrema de la comunidad española.

La legación oficiosa del gobierno de Burgos, consciente del poder económico y la influencia pública oculta tras las páginas de *¡Arriba España!*, había renunciado durante meses a imponer una pauta única de acción política, aunque hizo continuos llamamientos al mantenimiento de una solidaridad y disciplina de fondo entre los adictos a la causa rebelde. Cuando por Orden Circular núm. 68 de 29 de abril de 1938, la Delegación Nacional del Servicio Exterior de FET elevó la Delegación de Falange en Perú a la categoría de Jefatura Provincial, designó como jefe regional a Herminio Santibáñez y efectuó otros nombramientos menores<sup>24</sup>, estalló el cisma largamente incubado: la Junta Nacionalista adoptó una postura de franca rebeldía, desconociendo la efectividad de estas decisiones. Tras recibir órdenes directas, la legación oficiosa del gobierno de Burgos en Lima exigió a la Junta una rectificación pública de los agravios infligidos a Falange. No tenemos constancia de si se realizó este acto de sumisión, pero resulta evidente que la Junta Nacionalista

---

<sup>24</sup> Entre otros, Agustín Castaño Suárez (Secretario de la Jefatura Provincial de FET), Jesús Valentín Llanos (Tesorero), Ricardo Salas Andrés (Jefe Administrativo de Prensa y Propaganda), Alicia Chinchilla de Avilés (Delegada del Servicio de Frentes y Hospitales), Andrés Avelino Armenteras (Jefe Provincial del Servicio de Información e Investigación, policía secreta del Partido), Francisco González Aguirregaviria (Delegado local de FET en Sullana), José Barberoc (Delegado local en Chiclayo) y José R. Cardenal (Delegado local en Arequipa). Véase *¡Unidad!* (Lima), 25-VII-1938, p. 7. Por esas fechas, el órgano oficial de FET señalaba el ingreso en el Movimiento de 84 hombres y mujeres en calidad de militantes y adheridos. Como dato curioso, pero ilustrativo de las peculiares condiciones de militancia del Partido, sabemos que a la altura de 1938 los militantes falangistas del Perú no disponían aún de camisas azules.

se fue alejando cada vez más de los actos públicos patrocinados por Falange, y entidades afines a aquélla, como el Comité Español de Propaganda, mantuvieron una actitud marcadamente obstruccionista, no haciéndose eco de ninguna iniciativa oficial de ayuda al bando rebelde, como fue el caso de la suscripción en favor de Radio Nacional de España promovida a instancia del entonces ministro del Interior Serrano Suñer<sup>25</sup>. Este y otros rasgos de autonomía y crítica decidieron por fin al jefe del Gabinete del Gobierno de Burgos y ministro de Asuntos Exteriores, Francisco Gómez Jordana, a cortar por lo sano suspendiendo la revista en mayo de 1938 y sustituyéndola a partir del 25 de julio siguiente por otra publicación quincenal con el sugestivo y oportuno título de *¡Unidad!*, de contenido netamente falangista y más dócil a los designios de Avilés y de Santibáñez<sup>26</sup>.

Desplazada la Junta Nacionalista de la primera fila política y asistencial, FET comenzó a canalizar la mayor parte de la ayuda a la causa nacionalista a través de suscripciones y donativos. La Delegación Nacional del Servicio Exterior radicada en Salamanca ordenó mediante la Circular núm. 11 la intensificación de las campañas de donativos en metálico para el equipamiento de las fuerzas del Ejército y las Milicias. De igual modo, las ayudas en especie comenzaron a ser concentradas en torno al «Auxilio Social» organizado por instituciones como el Ropero Peruano-Español, integrado por damas peruanas y españolas y del que Consuelo Copello de Santibáñez, esposa del jefe provincial de FET, era tesorera. Ante el inminente fin de la guerra, la delegada nacional de «Auxilio Social», Mercedes Sanz Bachiller, envió un telegrama a la Falange limeña solicitando urgentemente alimentos y ropas para los miles de personas desplazadas. La demanda no cayó en saco roto: se llegaron a enviar 1.113 cajas de leche y otros envíos por valor de 2.187,21 soles hasta el fin del conflicto. Por otra parte, el representante oficioso del gobierno de Burgos mantuvo la presidencia honoraria de un Comité de Damas Peruanas que actuaba como entidad delegada del Patronato o Servicio Nacional de Frentes y Hospitales, del que su esposa Alicia Chinchilla era regidora.

Desde mediados de 1938 funcionaba en la jefatura provincial de FET una oficina especial dedicada a atender las demandas de información sobre el paradero de familiares residentes en la península. Incluso se organizó, una vez finalizada la guerra, una expedición de hispanoperuanos que formaría parte del llamado *Crucero Azul*, que organizado por el Servicio Nacional del

<sup>25</sup> Entre los suscriptores Pro-Radio Nacional figuraban José de la Riva Agüero, Luis Avilés y Tiscar, Herminio Santibáñez, Avelino Armenteras, y una selección muy significativa de instituciones y congregaciones religiosas: MM. Dominicas y PP. Dominicos de Lambayeque; Colegio Seminario de Trujillo; Rev. PP. de la Sagrada Familia de Piura; Rvdas. MM. Dominicas, PP. Carmelitas, PP. Jesuitas, PP. de la Recoleta y Hermanos de las Escuelas Católicas de Arequipa. Véase *¡Unidad!* (Lima), 15-XI-1938, p. 8.

<sup>26</sup> La nueva revista fue dirigida por Federico Pasco Font. Para dos versiones contrapuestas de este enfrentamiento, ver «Editorial: Política destructiva», *¡Arriba España!* (Lima), núm. 6, IV-1938, p. 1, y «Editorial», *¡Unidad!* (Lima), núm. 5, 1-X-1938, p. 1.

Turismo saldría de Buenos Aires con destino a España el 11 de abril de 1939<sup>27</sup>.

Durante esos años, la propaganda se mantuvo en todos los frentes. Ya desde 1937 se transmitía en Radio Callao los miércoles y viernes de 19:45 a 20:00 horas el programa informativo «Habla Falange Española»<sup>28</sup>, y el 19 de enero de 1939 comenzó a difundirse por Radio Internacional de Lima la emisión «Momentos Españoles», todos los jueves a las 21:45 horas. Hasta la remota Falange local de Sullana, en el norte del país, coadyuvó al esfuerzo de difusión lanzando *Arriba*, una modesta «revista quincenal al servicio de la causa nacionalista española». La presencia de las jerarquías falangistas en los actos sociales de la alta sociedad limeña tampoco fueron infrecuentes: el embajador Avilés y el jefe falangista Santibáñez eran invitados asiduos a las galas del Circulo Sportivo italiano de obediencia fascista (presidido por el conocido hombre de negocios Pietro D'Onofrio), y los «banquetes de camaradería y propaganda», tan denostados en épocas anteriores, se siguieron celebrando con todo esplendor. El «Almuerzo de Hispanidad» celebrado el 18 de septiembre de 1938 en el Hotel Bertolotto de San Miguel contó con la asistencia de algunas de las más caracterizadas personalidades que apoyaban la causa franquista en el Perú: Luis Avilés y Tiscar y señora, Herminio Santibáñez, Belén de Osma (presidenta de la sociedad *Entre Nous*, agrupación de damas de la alta sociedad capitalina), Rui Da Cámara (cónsul de Portugal), el dramaturgo peruano Felipe Sassone, Antonio Pinilla Rambaud (cónsul de España en Perú, que había desconocido a la República y se había dedicado a promocionar a Falange), María Palou (regidora del Sindicato de Actores), Ramona S. de Muñáiz, el Dr. Raúl Ferrero Rebagliati<sup>29</sup>, Tomás Díez Hidalgo y el padre Graciano Montes (comisario de los PP. Agustinos), además de una nutrida representación de españoles residentes en Lima, Callao y los balnearios cercanos, como Ancón y Miraflores. Tanto el embajador como el jefe regional de FET hablaron de los recientes enfrentamientos polí-

<sup>27</sup> »Información de Falange», *¡Unidad!* (Lima), 1-IV-1939, p. 11.

<sup>28</sup> *Falange Española* (Buenos Aires), 31-VII-1937, p. 4.

<sup>29</sup> Raúl Ferrero Rebagliati (1911-1977), jurista, historiador, sociólogo y político, fue Catedrático de Historia Antigua y Derecho Constitucional en la Universidad Católica, y de Historia del Perú en el Centro de Instrucción Militar y en el CAEM. Fue uno de los más activos propagandistas en favor de la elección de Villarán en 1936, y durante el primer gobierno Belaunde ocupó los cargos de primer Ministro, Ministro de Relaciones Exteriores y Hacienda y Comercio. El «fascismo» de clases medias urbanas de Raúl Ferrero gozó del apoyo de figuras del conservadurismo católico como E. Alayza, V. A. Belaunde (con quien coincidía en su percepción histórica del catolicismo como esencia de la peruanidad), Rómulo Ferrero, Carlos Pareja y Paz Soldán. Socialmente, arraigó con discreto éxito en los claustros de la Universidad Católica (sobre todo entre los jóvenes de Acción Católica) y en los colegios regentados por religiosos. El objetivo político que busca Ferrero es «alentar un nuevo movimiento ideológico, sano y vigoroso, que aspire a la plasmación de una nueva conciencia política, permeable a la emoción social e inspirada en altos ideales patrióticos» (Raúl FERRERO REBAGLIATI: *Marxismo y Nacionalismo. Estado Nacional Corporativo*, Lima, Ed. Lumen, 1937, p. 237).

ticos acaecidos en el seno de la colonia, destacando la delicadeza y la paciencia con que, según su opinión, se intentó tratar el problema, y reconociendo que la comunidad estaba dividida en «falangistas, abstencionistas y disidentes» que, sin perder su identidad pronacionalista, opusieron seria resistencia a cualquier medida que tendiera a cuestionar su privilegiada posición social y económica.

El almuerzo de «Plato Unico» que tuvo lugar en los mismos salones el 18 de diciembre siguiente, supone una reiteración de los apoyos personales antes señalados, a los que cabría añadir la presencia de Carlo Radicatti di Primglio (secretario del Fascio italiano, profesor de Historia en el Colegio Italiano y en la Universidad Católica), Arturo Lotz (representante del Partido Nacionalsocialista alemán), A. Heinz (vicecónsul del Reich en Perú), Miguel Miró Quesada (representante cualificado de la familia propietaria de *El Comercio*) y distinguidas damas del *Ropero Peruano-Español*. Por razones diplomáticas, excusaron su asistencia varios representantes de los gobiernos pronacionalistas de El Salvador, Nicaragua y Guatemala, que estaban asistiendo en Lima a la VIII Conferencia Interamericana celebrada del 9 al 27 de diciembre<sup>30</sup>. En su intervención en este ágape de «Plato Unico» mitigado por una abundante y bien condimentada paella valenciana, Luis Avilés y Tiscar exigió el reconocimiento *de iure* del gobierno nacionalista, y el jefe provincial de FET agradeció públicamente el apoyo político y militar prestado a la causa rebelde por Alemania, Italia, Portugal y Japón. Como colofón del acto, el inevitable Sassone declamó su «odio al tibio», porque «no basta levantar el brazo en la salutación cuando no se sabe bajarlo en el castigo». Similar enemiga mortal trató de concitar contra Francia, rival natural de España, y contra Estados Unidos, suplicando al auditorio que no olvidara la tragedia posterior al hundimiento del *Maine*<sup>31</sup>.

El final de la guerra civil fue celebrado con el natural regocijo por una colonia española que había apoyado mayoritariamente la causa rebelde. El 8 de abril de 1939, el arzobispo de Lima, monseñor Pascual Farfan, ofició en la catedral un *te deum* en acción de gracias por la victoria de las armas franquistas, y tres días después se celebró un acto análogo en el Convento de San Andrés de las Hijas de María Inmaculada, que a lo largo de los tres años an-

<sup>30</sup> Durante esta conferencia, México, Cuba y Haití propusieron una mediación hispanoamericana en la guerra civil española, pero contaron con la oposición decidida de la mayoría de los países participantes, sobre todo Brasil y Uruguay. Sólo se obtuvo una declaración de solidaridad continental en caso de ataque exterior a una nación americana, y una condena explícita del racismo. Un somero repaso de las resoluciones de este congreso y de la crítica postura aprista, sustanciada en la propuesta de «frente democrático interamericano no imperialista» en SANCHEZ: *op. cit.*, pp. 59-74.

<sup>31</sup> En el transcurso del acto, las señoritas voluntarias de «Auxilio Social» recaudaron los donativos entregados por los asistentes. Al final del almuerzo, Santibáñez leyó un mensaje del poeta Rafael Duyos, Jefe de la Falange en Argentina. Véase «El almuerzo de Plato Unico», *¡Unidad!* (Lima), 1-I-1939, pp. 4-7). El 18 de marzo siguiente se celebró cerca de El Callao una corrida campera a beneficio de «Auxilio Social».



teriores se habían destacado por su fervor nacionalista <sup>32</sup>. El acto festivo central tuvo lugar en el marco habitual del Bertolotto, y a él asistieron, además de las figuras más conocidas de la colonia española, representantes de las comunidades alemana (el cónsul Karl Dederling), italiana (Carlo Radicatti, Pietro D'Onofrio y Guglielmo Gervolini, presidente del Club Italiano) y portuguesa (Rui Da Cámara) <sup>33</sup>.

La relativa estabilización política de España tras la guerra y la consolidación de Falange como único partido permitido en el régimen franquista repercutió favorablemente en la implantación duradera de una versión edulcorada de la doctrina joseantoniana en las instituciones educativas y asistenciales controladas por españoles <sup>34</sup>. FET controlaba todas las actividades políticas, benéficas, asistenciales y de propaganda desde la sede de la Jefatura Provincial (regional), sita primero en el Consulado español, ulteriormente en el Jirón Moquegua y desde julio de 1939 en la calle Lártiga <sup>35</sup>.

### 3. EL «DESLUMBRAMIENTO FASCISTA» DE LOS INTELLECTUALES CONSERVADORES PERUANOS

Aunque la mayoría de la élite política e intelectual peruana no se sintió directamente implicada en la gran polémica abierta entre los totalitarismos y la democracia liberal a raíz de conflictos como el español, se produjeron ciertos casos significativos de deslumbramiento fascista que merecen una mención detallada. El más conocido es el del intelectual y rico propietario **José de la Riva Agüero** (1885-1944), biznieto del primer presidente del Perú y director de la Academia Peruana Correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua, que acabó por transformarse en la cabeza más visible del apoyo autóctono al régimen franquista. La trayectoria política e intelectual de Riva Agüero, desde su inicial posición liberal aristocratizante hasta su

<sup>32</sup> *¡Unidad!* (Lima), 1-I-1939, p. 11.

<sup>33</sup> El acto, presidido por banderas peruanas, españolas y de Falange, por el emblema del Partido y por retratos de Franco y de José Antonio, comenzó con el Himno Nacional del Perú y una oración por los caídos. La comida fue amenizada con música española y con vivas a Perú, España y los llamados «países amigos», pero no se menciona para nada que se entonase la Marcha Real o el «Cara al Sol». *Vid.* «El grandioso acto del domingo 16», *¡Unidad!* (Lima), núm. 19, 1-V-1939, pp. 1-2. La Falange de Trujillo también celebró la victoria con una fiesta.

<sup>34</sup> En este sentido, el canto obligatorio del *Cara al Sol* en colegios regentados por religiosos de origen español es mucho más que una simple anécdota.

<sup>35</sup> El acto de inauguración del nuevo local por el encargado de negocios español, Joaquín Pérez de Rada, Marqués de Zabalegui, en *¡Unidad!* (Lima), 1-VIII-1939, pp. 1-2. Los responsables provinciales-regionales del partido solían reunirse en esta sede la tarde de los martes. Existían jefaturas locales o secretarías de grupo en Sullana (Francisco González Aguirregaviria, y Luis Rigau Bori como Jefe accidental en agosto de 1939), Catacaos-Piura (Feliciano del Campo, Cristina Díaz, Juan Casajuana), Chiclayo (José Barberoc), Trujillo, Cajamarca, Arequipa (José R. Cardenal) y Cuzco.

postrar filofascismo resulta una de las más apasionantes dentro de la intelectualidad conservadora de la época. Había fundado el Partido Nacional Democrático o «futurista» en 1915 con restos de las juventudes civilistas y democráticas como un intento de renovar *in extremis* la declinante «república aristocrática», proponiendo un cierto intervencionismo estatal en la economía, y una representación política de carácter corporativo. Exiliado voluntariamente durante el *oncenio*, había conocido el experimento autoritario de la España primorriverista, y a su regreso tras la caída de Leguía, hizo abominación pública del positivismo cientifista, del ateísmo materialista y de la utopía del progreso en un resonante discurso pronunciado ante sus antiguos compañeros en el colegio de La Recoleta el 24 de septiembre de 1932<sup>36</sup>. Desde esa fecha, Riva Agüero se convirtió en defensor acérrimo de un catolicismo de corte integrista, y como en el caso de la teoría de la *Hispanidad* en Ramiro de Maeztu, este pretendido salto cualitativo se dio a través de la reivindicación del pasado virreinal y su inserción en un patriotismo peruano alimentado de Historia y tradición<sup>37</sup>. Sin embargo, no debemos caer en el error, harto difundido por ciertos propagandistas de la época, de ver en Riva Agüero el defensor del «Perú blanco» y, por deducción, el portavoz de la *quinta columna* falangista en el país<sup>38</sup>. Su defensa de lo indio como constitutivo de la identidad nacional es uno de los caracteres definitorios de su obra. Su posición intelectual mantenía las distancias entre el indigenismo exclusivo y el europeísmo antiincaico. En su opinión, la peruanidad residía en el legítimo cruzamiento entre lo español y lo indígena<sup>39</sup>. No perseguía, por tanto, la occidentalización sin más, sino la integración del elemento racial autóctono y el paso del peso histórico nacional desde la costa a la sierra. Desde varias décadas atrás, Riva Agüero criticaba el latinoamericanismo como «una hueca de-

<sup>36</sup> El texto del discurso en José de la RIVA AGÜERO: *Por la verdad, la tradición y la patria. Opúsculos*, Lima, Impr. Torres Aguirre, 1937-1938, vol. I, pp. 371-378. También en LOPEZ SORIA: *op. cit.*, pp. 39-47.

<sup>37</sup> Véanse, por ejemplo, «Francisco Pizarro» (discurso pronunciado en la Academia Peruana Correspondiente de la Real Academia Española, 26-VI-1941) y «Prestancia del Virreinato del Perú» (discurso pronunciado en el Congreso Histórico de Barcelona, noviembre 1929), en *Afirmación del Perú*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1961, vol. I, pp. 143-155 y 241-245, respectivamente. Sobre la idea nacional de Riva Agüero, basada en el mestizaje selectivo, *vid.* también François BOURRICAUD: *Poder y sociedad en el Perú*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos/Instituto Francés de Estudios Andinos, 1989, pp. 212-215. Es bien sabida la admiración que Riva Agüero sentía por el polígrafo Menéndez Pelayo, uno de los precursores del nacionalismo reaccionario español.

<sup>38</sup> No estamos de acuerdo con Allan CHASE: *Falange. El Ejército Secreto del Eje en América*, La Habana, Ed. Caribe, 1943, cuando afirma que Riva Agüero fue el jefe de Falange en Perú. En ningún documento del Servicio Exterior aparece el escritor peruano con cargo jerárquico alguno. En este caso, más bien parece una maniobra del autor para desprestigiar a uno de los políticos e intelectuales que más se caracterizó por su enemiga a los Estados Unidos y su apoyo a los fascismos europeos.

<sup>39</sup> José de la RIVA AGÜERO: «Rectificación necesaria», en *Mercurio Peruano*, núm. 206, mayo 1944.

clamación o un sarcasmo», y sin renegar de las glorias del incanato y de la Independencia, presentaba la Colonia como un período de «minoridad filial privilegiada» para el Perú, donde se mantuvo la primacía histórica sobre la América del Sur y se fue forjando la nacionalidad con la fusión étnica, cultural y administrativa <sup>40</sup>.

La impregnación antiparlamentaria y antiliberal de Riva Agüero se fue decantando poco a poco, hasta llegar a la nitidez filofascista de los últimos años de su vida. En el prefacio a la glosa de Carlos Miró Quesada de los escritos y discursos de Mussolini, el político e intelectual conservador se felicitaba por la expansión mundial de lo que él denominaba ideología de la «nueva derecha». El fascismo no era, en su opinión, sino «una revolución que es precisamente la contrarrevolución anhelada. Por fin la reacción ha triunfado en todas las líneas; y ha producido sus naturales, desinfectantes y salubérrimos efectos». Riva Agüero no percibía en el fascismo su aporte populista, su inconformismo cultural y su demagogia revolucionaria, sino las características netamente antirrevolucionarias que le convertían en una auténtico movimiento-régimen de pura reacción con rasgos aristocratizantes en la línea de su propuesta política formulada a mediados de la década de los treinta: fin del sufragio universal y de la «depravación parlamentarista y cosmopolita», preservación del poder del jefe del Estado, potenciación del Senado, protagonismo político de la intelectualidad conservadora, de la vieja aristocracia, de la burguesía industrial y agrícola, del Ejército y, sobre todo, de la Iglesia.

Era este último aspecto del fascismo italiano (su capacidad de transacción con el Vaticano sustentada en la resolución de los litigios Iglesia-estado mediante los acuerdos de Letrán y el éxito de Mussolini en vincular a gran parte de la organización eclesial a la mística patriótica nacionalista) el que más subyugó al Riva Agüero recién converso a un catolicismo militante, medieval e intransigente con frecuentes arrebatos antisemitas. Pero a pesar de estas expansiones retóricas, Riva Agüero, perspicaz observador de los condicionantes socioculturales del éxito fascista, no se hacía grandes ilusiones sobre las posibilidades de importar un movimiento surgido y desarrollado en amplias capas de las clases media y baja de regiones fuertemente industrializadas. Su propuesta era un fascismo intelectual, aristocrático, ruralista, en consonancia con su exaltación cuasimística del Perú profundo: «Para la América Española, quizá el inmediato modelo más asequible sea el de Portugal, por la proporcionalidad de nuestro ámbito y costumbres. Pero no olvidemos que, ante todo, el grandioso fenómeno del Fascismo obedece a una *revolución moral*» <sup>41</sup>.

<sup>40</sup> «Reflexiones sobre la historia del Perú en el campo de la batalla de Ayacucho» (1912), en RIVA AGÜERO: *Afirmación del Perú*, vol. I, pp. 277-287.

<sup>41</sup> Prólogo (22-I-1937) a Carlos MIRO-QUESADA LAOS: *Intorno agli scritti e discorsi di Mussolini. Con introduzione de José de la Riva Agüero*, Milano, Fratelli Treves Editori, 1937, pp. 9-38. Edición castellana: *Dos estudios sobre Italia contemporánea*, Lima, Libr. e Impr. Gil, S.A., 1937, pp. 31-54. El prólogo apareció también en *El Comercio*, 21-II-1937, 2.ª sección, p. III

En definitiva, Riva Agüero vio en el régimen italiano una simple barrera, no necesariamente anticatólica, contra el comunismo. Antes que un movimiento nacionalista radical de masas es la contrarrevolución su idea política fija cuando, tras haber oficiado como primer ministro de Benavides desde el 25 de noviembre de 1933 al 11 de mayo de 1934, fundó dos años más tarde Acción Patriótica como entidad aglutinadora de la derecha tradicional de cara a las elecciones presidenciales. Una especie de civilismo *aggiornato* que, un poco a imagen de la Unión Patriótica primorriverista (que, como hemos dicho, conoció directamente) o el Bloque Nacional de Calvo Sotelo en España, elaborara un proyecto reaccionario, restableciendo el principio de autoridad y propiciando un plan de regeneración nacional claramente autoritario y corporativo que pudiera conciliarse con algún tipo de actuación popular según el modelo fascista europeo, pero sin caer en los excesos demagógicos y populistas de Mussolini o Hitler. Como afirma certeramente López Soria, Riva Agüero simboliza el temor de la vieja oligarquía ante el peligro de perder definitivamente el control político, y su proyecto político es un intento postero de regeneración autoritaria del viejo civilismo, que trataba de aglutinar a las derechas recurriendo al recurso de un fascismo aristocratizante como elemento ideológico de cohesión <sup>42</sup>.

El estallido de la guerra civil española dio a Riva Agüero la posibilidad de ratificar con un ejemplo sus razonamientos catastrofistas sobre el rumbo político del Perú: «el ejemplo de lo ocurrido en España, lejos de abatirnos, como a los pusilánimes, tiene que estimularnos, en calidad de enseñanza y escarmiento. Igual nos ocurrió en 1931. La situación es idéntica a la que entonces se nos presentó; y naturalmente que los adversarios son los mismos» <sup>43</sup>. Inmediatamente después de finalizada la contienda, Riva Agüero rindió visita a la «España triunfante y pacificada que encarna mis ideales». Allí rogó por la continuación de «la interrumpida y magna obra de nuestros comunes antecesores, de reconstruir el Imperio espiritual y moral que, respetando nuestra intangible soberanía política, nuestras independencias estatales respectivas, realice la unidad suprema de cultura y sentimientos, la hispanidad, no por federativa menos eficaz y poderosa, fuera de la cual no hay sino apostasía vitanda de nuestra casta, pequeñez y ruindad, politiquería baja y aldeana, y al cabo disolución y muerte» <sup>44</sup>. Salta a la vista que la idea hispanista de Riva Agüero difería en puntos esenciales de la formulada por los ideólogos reaccionarios españoles de los años treinta, pero su apoyo sin fisuras al régimen franquista le convirtió en un personaje muy apreciado en la campaña de penetración cultural impulsada desde el Servicio Exterior de FET y el

(*Obras Completas de José de la Riva Agüero*, vol. XI. *Escritos políticos*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1975, pp. 269-292 y LOPEZ SORIA: *op. cit.*, pp. 68-84).

<sup>42</sup> LOPEZ SORIA: *op. cit.*, pp. 20-21.

<sup>43</sup> «Apreciaciones sobre el momento político», en *El Comercio*, 23-III-1936, p. 5 (*O. C.*, vol. XI, p. 238).

<sup>44</sup> «En la España de Franco» (*O. C.*, vol. XI, pp. 295-296).

Consejo de la Hispanidad. De vuelta al Perú, Riva Agüero no tuvo recato en declarar en 1941 a la revista *Turismo* que el falangismo «es necesario para la vida del Perú [...] el movimiento de España es una inspiración para todos nosotros»<sup>45</sup>. Afirmaciones tan provocativas como poco prudentes no podían sino agravar una situación política que empeoraba gradualmente para Falange a medida que se incrementaba la propaganda antifascista norteamericana sobre los gobiernos y el hombre de la calle.

Otro gran intelectual que destacó en la exaltación de un cierto «fascismo» autóctono reflejado en sus presuntos valores de orden, autoridad, disciplina y burocracia eficiente fue **Victor Andrés Belaunde**. Abanderado de un pensamiento católico espiritualista e inequívocamente conservador, su idea nacional resulta más «europeísta» que la de Riva Agüero. Se opuso firmemente al «nacionalismo racista» elaborado por Mariátegui, y pensaba que América Latina pertenecía por su inequívoca raigambre española, a la cultura occidental y cristiana, y que la esencia de las naciones hispanas de uno y otro lado del Atlántico era el catolicismo<sup>46</sup>. Belaunde se lamentaba en 1940 del eclipse de las clases dirigentes, su descuido de los valores cívicos, su escaso espíritu de sacrificio y su conformismo político. Mostraba además su hostilidad al régimen parlamentario demoliberal «de inspiración subjetivista revolucionaria», que había conducido a la desintegración del Estado en España, Italia y Portugal, y como consecuencia a la implantación de regímenes dictatoriales o autoritarios<sup>47</sup>. En su opinión, la deseable concepción ético-orgánica propugnada por Charles Maurras había quedado imposibilitada por el régimen de Sánchez Cerro, que había abierto de nuevo las expectativas de resurrección de un cesarismo burocrático tradicional unido al «caudillismo romántico de las primeras épocas de la república». Una salida puramente autóctona frente a «la incorporación de la ideología y propaganda marxistas del socialismo europeo», representada sobre todo por el APRA<sup>48</sup>. Sin embargo, antes que un régimen fascista, Belaunde era partidario de un Estado corporativo católico inspirado en la doctrina social de la Iglesia.

Gran parte del atractivo que encerraba en fascismo para los intelectuales vinculados al *establishment* era su presunta capacidad para integrar aspectos de modernización (movilización de masas, desarrollismo económico bajo la

<sup>45</sup> Cit. por CHASE: *op. cit.*, p. 196. Riva Agüero fue de nuevo invitado junto con Guillermo de Hoyos a visitar España para la fiesta del 12 de octubre de 1941, pero hubo de desistir, al parecer por presiones diplomáticas procedentes de Estados Unidos.

<sup>46</sup> Antonio PEÑA: «José de la Riva Agüero, Francisco García Calderón y Víctor Andrés Belaunde: visión y propuesta conservadora», en Alberto ADRIANZEN (ed.), *Pensamiento político peruano*, Lima, DESCO, 1987, p. 143. En esa línea de argumentación, Belaunde pronunció varias conferencias bajo el patrocinio del régimen de Franco el año 1943 (DELGADO GOMEZ-ESCALONILLA: *op. cit.*, p. 372 nota 89).

<sup>47</sup> Víctor A. BELAUNDE: «La nueva concepción del Estado», en *La crisis presente, 1914-1939*, Lima, Eds. Mercurio Peruano, 1940, p. 195. Sobre el filofascismo de Belaunde *vid.* también *Mercurio Peruano*, vol. 12, núm. 66, XII-1923, pp. 250-251

<sup>48</sup> Víctor Andrés BELAUNDE: «La evolución del Perú, 1914 a 1939», en *op. cit.*, p. 146.

férula estatal) con sistemas de control social y valores tradicionales. Se veía en el régimen italiano una fórmula idónea para estimular el sentimiento nacional y el dinamismo histórico de los pueblos jóvenes con el acicate de un Estado fuerte e intervencionista. Esta identificación ideologizante del fascismo como un patriotismo de nuevo cuño fue la desarrollada por **Carlos Miró Quesada Laos** en la sección «Problemas del Mundo» de la edición dominical de *El Comercio* desde fines de 1935 a inicios de 1937. Con el seudónimo «Garrotín» (probablemente, una traducción muy libre del «manganello» utilizado por las «squadre d'azione» en sus expediciones punitivas), Miró Quesada publicó en esta columna a lo largo del año 1936 una treintena de artículos y entrevistas sobre movimientos y líderes fascistas, nacional-socialistas o nacionalistas<sup>49</sup>. Nueve de ellos se referían a los volúmenes editados hasta entonces de los *Scritti e discorsi* de Mussolini, que fueron editados en 1937 en Italia con prólogo de Riva Agüero. Para Miró Quesada, el fascismo se identificaba con un afán renovado de reforma socioeconómica bajo la necesaria premisa de la implantación de un Estado autoritario. Un régimen similar al presidido por el duce podía «brotar lo mismo en un país latino que en otro sajón, en una república socialista, caso alemán, que en una monarquía, caso italiano. Le basta para producirse que existan anhelos de reforma, que la intuición de las masas presienta la necesidad de transformar viejos y arcaicos principios económicos, y que el concepto de Estado fuerte, tenga un adalid que lo descubra y lo ponga en marcha (...) el fascismo también tiene adeptos en todos los continentes. Es un producto de la época, responde a las exigencias de un mundo en crisis»<sup>50</sup>.

Después de estos escritos laudatorios respecto al fascismo, el estallido de la guerra mundial obligó a Miró Quesada a adoptar un tono más prudente. En la conferencia «Carácter y alma del Perú», que pronunció el 21 de noviembre de 1940 en el «ciclo de peruanidad» organizado en el paraninfo de su *alma mater*, el Colegio Inmaculada, continuó defendiendo una teoría elitista de la política: «los países no son ni pueden ser directamente gobernados por las mayorías. Es siempre una élite la que orienta y dirige». Pero Miró Quesada llama ahora a la articulación de un patriotismo sacrificado y basado en principios netamente peruanos. Su propuesta nacionalista se basa en el respeto a un pasado histórico basado en la voluntad de progreso material, una vaga «misión histórica hacia el porvenir» y una asunción histórica del mestizaje racial, afirmando que «así como no podría concebir un Perú sin indígenas, tampoco podría existir un Perú despojado del elemento blanco, que hace cuatro siglos penetró vigorosamente en su historia». Por eso se muestra «adversario del indigenismo hostil porque lo considero nocivo y antipolítico, como tampoco comulgo en el credo de un hispanismo exagerado. Indígenas

<sup>49</sup> Una selección de estos artículos en LOPEZ SORIA: *op. cit.*, pp. 211-236.

<sup>50</sup> Carlos MIRO QUESADA LAOS: «Inglaterra fascista», en *El Comercio*, 29-XII-1935, p. 21, cit. por LOPEZ SORIA: *op. cit.*, pp. 229-230.

e hispanos son los pilares de la peruanidad»<sup>51</sup>. Un año después, Miró Quesada había abandonado el filofascismo por un nacionalismo autoritario de vagos contornos sociales. Explicaba el fracaso del «fascismo» en el Perú por la ausencia de «reivindicaciones nacionales poderosas», por la imposible articulación de «una filosofía de política peruana», y por la indolencia de unas élites políticas tradicionales que desde 1931 no habían opuesto resistencia eficaz a los procesos de cambio sociopolítico y habían sido «cómplices de tiranos, o tiranos emboscados ante la subversión social y la demagogia extremista». Miró denuncia que la «guerra revolucionaria» librada en Europa entre dos concepciones del mundo antagónicas «cuyos reflejos vendrán a América tarde o temprano (...) nos ha tomado sin rumbos y lo que es más grave, sin ideales», y se atreve a vaticinar el régimen futuro: «el siglo XIX fue del liberalismo y del *laissez faire*, los primeros cuarenta años del siglo XX, de los dominadores de multitudes. ¿Cómo serán los años que vengan, desde un punto de vista político? Me parece a mí que significarán un creciente predominio del estado-nación con soluciones económicas y sociales en consonancia con los tiempos»<sup>52</sup>. Miró Quesada postula un renacimiento patriótico, un nuevo consenso nacional sobre bases de progreso social pero bajo el control político de la vieja aristocracia. En fin, un regreso al «espíritu del 97», inicio de la época pierolista. Nada que pueda identificarse con un populismo radical de carácter totalitario, sino con un proyecto desarrollista y modernizador en lo económico, pero restrictivo en lo político.

#### 4. EL GIRO DEMOCRATIZADOR DE PRADO Y EL DECLIVE DE LA «IMPREGNACION FASCISTA» AUTOCTONA Y FORANEA (1939-1945)

Como en otros países de la zona, el estallido de la guerra mundial trastocó por completo los sueños fascistas de ciertos intelectuales y, por ende, los planes de actuación de la Falange Española. En los últimos meses de su mandato, el general Oscar R. Benavides había efectuado un notorio viraje antifascista, inducido por la política de buena vecindad de Roosevelt<sup>53</sup>. Agotado su período dictatorial a fines de 1939, la elección como presidente de Manuel Prado y Ugarteche (abanderado de la burguesía progresista y sustentado tácitamente por el PAP y el Partido Comunista), frente al fascistoide José Quesada, trazó un efímero rumbo democratizador al país andino. Esto, unido al creciente recelo respecto a los regímenes de corte fascista infundido desde

<sup>51</sup> Cit. por LOPEZ SORIA: pp. 52, 57-59 y 84.

<sup>52</sup> Carlos MIRO QUESADA LAOS: *Tres conferencias*, Lima, 1941, pp. 8-10, 14-15 y 21. El ejemplar conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid con la signatura HA/33281 está dedicado en febrero de 1941 «al excelentísimo señor don Pablo de Churrua y Wotre», Embajador de España en el Perú.

<sup>53</sup> ANDERLE: *op. cit.*, pp. 357-360.

Washington deterioró la imagen pública del partido único español y del fascismo en su conjunto como alternativa plausible en el desarrollo político del Perú. Aunque el régimen franquista trató de destacar su identidad católica (ahí está para atestiguarlo el viaje de Joaquín Ruiz Jiménez al II Congreso Iberoamericano de Estudiantes Católicos celebrado en Lima en mayo-junio de 1939) y su línea neutralista<sup>54</sup>, FET no renunció de forma inmediata a su vocación de partido totalitario y expansionista. Noticias como la obligatoriedad de registro de nacionalidad en los consulados españoles<sup>55</sup>, la campaña proselitista dirigida desde Falange al conjunto de la colonia<sup>56</sup> o el incremento de la propaganda imperialista (reivindicaciones del Oranesado, Gibraltar, Tánger, etc.) y antinorteamericana en *¡Unidad!* no ayudaban precisamente a incrementar la confianza de la opinión pública conservadora en una formación política extranjera que, a pesar de todo, trataba de ganar simpatías con gestos como la distribución de un millar de almuerzos diarios tras el terremoto que afectó a Lima a fines de mayo de 1940. Por esa época, y siempre tratando de ganar credibilidad de cara a la población autóctona, la Falange peruana acometió una profunda reestructuración, impulsada en parte desde España: a mediados de 1939, el periodista Federico Pasco Font fue nombrado delegado provincial-regional de Intercambio y Propaganda<sup>57</sup>, y éste designó a su vez a inicios de 1940 nuevos delegados locales, encargados de mejorar la imagen pública del movimiento<sup>58</sup>.

<sup>54</sup> Véase a este respecto la declaración de neutralidad en *¡Unidad!* (Lima), 15-IX-1939, p. 1.

<sup>55</sup> *¡Unidad!* (Lima), 15-IX-1939, p. 8, y 1-X-1939, pp. 6-7. También con el afán de lograr un creciente control laboral de la colonia, en agosto de 1940 fue nombrado delegado regional de Trabajo el falangista José Cortés Sancho.

<sup>56</sup> En un editorial, la revista oficial de FET reconocía que el Partido estaba admitiendo a antiguos republicanos en sus filas, y atacaba a los nacionalistas obcecados. Véase *¡Unidad!* (Lima), 10-VI-1941, p. 1.

<sup>57</sup> *¡Unidad!* (Lima), 1-VI-1939, p. 8.

<sup>58</sup> Fueron nombrados Rodolfo Mesa en Sullana, Juan Casajuana en Catacaos y Antonio Oliver Alava en Arequipa. Véase *¡Unidad!* (Lima), 1-II-1940, p. 4. El 4-IV-1940, el Jefe regional de Perú, Herminio Santibáñez, enviaba a Jefe del Servicio de Prensa y Propaganda de FET un informe sobre la situación de la prensa en el país. Tras señalar que la mayoría de las noticias procedían de la agencia norteamericana «United Press», «cuya tendencia es poco favorable para nuestra causa», pasa revista a las principales cabeceras: *El Comercio*, diario conservador decano de la prensa peruana, aparecía como «completamente partidario de nuestra Causa» desde el primer momento, aunque a veces presentaba «una carga democrática, cuya giba es un poco difícil aplastar en estos pueblos surgidos de la Independencia». *La Prensa* era «igualmente adicto a nuestra Causa, su Director me pide constantemente material para reproducirlo, sin que pueda complacerle por carecer del mismo». En la redacción del progubernamental *El Universal* figuraban «elementos que nos son hostiles», pero «no nos causan ninguna molestia de importancia». Por último, el izquierdista *Crónica* era afrancesado y anglófilo, con un «concepto exagerado del sistema democrático», aunque «en su redacción hay un elemento que nos es muy adicto». Finaliza el memorándum con la observación de la inexistencia de algún tipo de propaganda antifranquista: «los únicos que se dejan notar son separatistas vascos, sin que todavía haya adquirido grandes vuelos» (Archivo General de la Administración, Presidencial, Secretaría General del Movimiento, Servicio Exterior, caja 59).



A comienzos de la guerra mundial, el gobierno de Prado había reducido al mínimo las relaciones con los países del Eje. En 1940 fue prohibida la propaganda fascista. Al tiempo que llegaba a la Embajada española Pablo Churruca, marqués de Aycirena (mayo 1940) y Andrés Avelino Armenteros era designado secretario provincial de FET en sustitución de Agustín Castaño, el partido único español comenzó a ver muy muy mermada su capacidad de actuación, hasta quedar sumido en una virtual clandestinidad.

A pesar de la pública admiración de Benavides por Mussolini y de la simpatía de una parte de las élites intelectuales conservadoras respecto al Eje, la mayoría de la clase política peruana permaneció dubitativa y recelosa respecto a la vertiente totalitaria de estos regímenes<sup>59</sup>. Cuando, a instancia del Consejo de la Hispanidad, una delegación del Partido acudió al Perú para celebrar el CD Aniversario de la Conquista el 26 de junio de 1941, la prensa norteamericana (en especial el agudo polemista Herbert Rutledge Southworth y el diario *PM*) la denunció a bombo y platillo como una auténtica amenaza a la política de buena vecindad entre el país andino y los Estados Unidos. La entrada en guerra de la potencia del Norte abrió la fase definitiva de acoso a las formaciones fascistas foráneas. La III.ª Conferencia consultiva de ministros de exteriores celebrada en Río del 15 al 28 de enero de 1942 discutió la cooperación continental contra el Eje, y decidió el boicot económico y la persecución de las minorías emigrantes de los países enemigos. Además de permitir la instalación de una base aérea en Talara, el gobierno Prado se dispuso a hacer observar la defensa de las libertades proclamadas por el presidente Roosevelt prohibiendo toda actividad de partidos extranjeros, y deportando en masa a residentes japoneses y alemanes.

El sentimiento antifascista creció en 1942, y devino una actitud oficial del gobierno de Prado, quien se hizo acreedor al discutible apodo de «Stalin peruano» con que los comunistas peruanos creyeron honrar sus firmes declaraciones en favor de las potencias aliadas. En realidad, Prado estaba a mitad de camino entre la tendencia autoritaria de su valedor Benavides (a quien, como medida cautelar, reexpidió como embajador a Madrid) y de las presiones democratizadoras de Estados Unidos. Afectada por este ambiente hostil, *¡Unidad!* fue suspendida y las actividades de Falange pasaron a un plano de mayor discreción, precursor de la forzada disolución.

Tras una serie de dudas iniciales, Perú decidió llevar su apoyo a los Estados Unidos hasta la ruptura de relaciones con el Eje en 1934 a cambio de su apoyo en el problema fronterizo con Ecuador que desembocó en guerra abierta el verano de 1941. Sin embargo, Prado no fue más allá. Perú —como Paraguay, Uruguay y Argentina— no declaró formalmente la guerra a Japón y Alemania hasta 1945.

---

<sup>59</sup> DAVIES: *art. cit.*, p. 220.

El influjo que la Falange Española ejerció sobre la derecha peruana fue muy exiguo, y aparece en relación estrecha con la inviabilidad del desarrollo de un gran movimiento fascista autóctono. La única formación que pudo estar en condiciones de asumir ese papel fue la UR, pero tras la muerte de Sánchez Cerro fue incapaz de retener su volátil clientela política supliendo el caudillaje carismático perdido con un discurso fascista que fuese suficientemente convincente para concitar la adhesión de los sectores populares ansiosos de cambios radicales. Las premisas para el desarrollo de un gran movimiento fascista en el Perú eran muy dudosas: un país multirracial con una identidad nacional aún en debate y un Estado embrionario; un territorio escasamente urbanizado y mal articulado administrativa y económicamente; una sociedad civil con fuerte desmovilización y débil cultura política, con un obrerismo industrial pobremente implantado en la realidad socioeconómica nacional que difícilmente podría actuar como amenaza o estímulo para el «despegue» fascista, y con unas clases medias atomizadas en múltiples alternativas ideológico-políticas: desde los populismos *urrista* y *aprista*, hasta la aún balbuceante alternativa socialcristiana o la simple adhesión al viejo modelo liberal-oligárquico. En suma, demasiadas carencias y discordancias para intentar emular experiencias como la italiana o la alemana. Tampoco, por supuesto, la española, que penetró tímidamente en la vida de la colonia emigrada, de algunos cenáculos intelectuales católicos y de ciertos sectores autóctonos de clase alta y media-alta cuando la UR (el grupo «fascistizado» de mayor eco social potencial) era ya un movimiento en declive.

Si el fascismo resultó una entelequia difícilmente aplicable en la realidad peruana de los años treinta, la fascistización mimética o retórica fue un ejercicio profusamente utilizado por los actores políticos de derecha. Mientras que algunos dirigentes *urristas* entrevieron el fascismo como un recurso de pervivencia de un populismo en declive, ciertos sectores de clase media ascendente (Raúl Ferrero y los jóvenes de Acción Católica) trataron de elaborar un discurso fascista «mesocrático» que daba sello de «modernidad» a la doctrina corporativa de la Iglesia, para de este modo reforzar sus aspiraciones de ascenso político. Por último, la vieja aristocracia civilista representada por Riva Agüero utilizó la retórica fascistizante como cortina de humo para una reedición autoritaria del viejo civilismo.

El fascismo fue más que nada un juego teórico elaborado por algunos intelectuales a mitad de camino entre la reflexión erudita sobre la identidad nacional peruana y la tentación del intervencionismo político. En los casos puntuales que hemos estudiado, los intelectuales conservadores tuvieron del fascismo una imagen fundamentalmente ideológica, y no lo consideraron susceptible de implantación práctica en la escena política. Todo lo más, lo percibieron como un posible revulsivo del espíritu patriótico en un nuevo consenso nacional dirigido por los sectores más dinámicos de las clases medias. Pero en la mayoría de los casos se empleó como un recurso retórico que pre-

tendía encubrir proyectos políticos marcadamente contrarrevolucionarios, propiciando así una nueva etapa de hegemonía política de los viejos grupos dominantes. Como en el caso español, la tutela militarista y la presión exterior acabaron por agotar las posibilidades de desarrollo de un gran movimiento fascista hegemónico en la escena política peruana.